

CARTAS Á UN AMIGO,
SOBRE
EL SECRETO
DE LA PASTORA DE LA SALETA;

POR EL ABATE
FELICIANO BLIARD,

Misionero apostólico, antiguo profesor de Dogma.

Visio dura nuntiata est mihi
Una terrible vision me ha sido anunciada.
(Js. XXI. 2.)

Et nos credimus, propter quod et loquimur.
Nosotros también creemos, y por eso hablamos.
(II Corinth. IV, 13.)

Napoles 1.º de Mayo 1873.

Mi estimado señor abate,

He leído vuestro opúsculo intitulado: *Cartas á un amigo sobre los secretos de La Pastora de la Saleta*, el cual me ha gustado y edificado á la vez, y que, á mi parecer, señala con el dedo las causas de las plagas que nos amenazan, y los medios fáciles de desviar la justa cólera de Dios. Os felicito por el celo que os anima por la mayor gloria de Dios y de Nuestra Señora de la Saleta, como también por haber empleado vuestras horas de descanso en escribir esta pequeña obra, que, sin duda, producirá frutos saludables en las personas que la lean, y como lo deseo de todo corazón.

† SALVADOR LUIS, obispo de Ugento.

Señor abate FELICIANO BLIARD, Misionero apostólico.

Bourg-sur-Gironde.

INTRODUCCION.

En el mes de Junio 1870, me ocurrió la idea de hacer imprimir mis *Cartas á un amigo sobre el Secreto de la Pastora de la Saleta*, pero sin ánimo de publicarlas; tan solo me proponía hacer una edicion privada y enviarla á Roma, para ser distribuida entre los SS. Obispos, ántes que se prorrogase el Concilio. Empero ¿cómo obtener el *Imprimatur* de la Autoridad eclesiástica? ¿Qué Vicario general se hubiera prestado, en ausencia de su obispo, á conceder el simple permiso para imprimir un escrito de este género?

Es cierto, que diferentes sacerdotes de instruccion superior, á quienes consulté, y entre ellos un profesor de Teologia y un antiguo Superior del Gran Seminario, fueron de parecer, que en el caso presente, podia yo, sin contrariar el espíritu de la Iglesia, hacer una edicion privada, destinándola

exclusivamente á los obispos; y lo mismo opinó un Vicario general, á quien también consulté. Sin embargo, á pesar de esta decision, no me resolví, entónces, á cargar con una responsabilidad tan grave, y renuncié, por el momento, á imprimir mis *Cartas*.

Algo más adelante, á mediados del mes de setiembre 1870, me dirigí al mismo Vicario general, que se había dignado leer mis *Cartas*, preguntándole, si consideraba llegado el momento oportuno de publicarlas. Me contestó, que, en su concepto, estaban aún demasiado agitados los ánimos para proceder desde luego á su publicacion; y que por lo mismo, aguardase el día en que, pasada la crisis, podría hacerlo con utilidad. Ha discurrido más de un año, y ¡ay! la crisis, al parecer, está muy lejos de terminar, lo mismo en Francia, que en Europa.

Abandoné pues la idea de publicar inmediatamente estas *Cartas*, á lo menos hasta que recobrada la calma, y vueltos á Dios los ánimos, se hallasen en estado de recibir comunicaciones de esta naturaleza, y de fijar en ellas la atencion conveniente.

Mas hé aquí, que circunstancias, independientes de mi voluntad, en cierta manera, me violentan la mano, reclamándome esta publicacion. El secreto de la Pastora de la Saleta, que yo debí comunicar, luego de haberlo recibido de sus manos, se había, desde un año, esparcido prodigiosamente por todas partes, y, sobre todo, entre las Comunidades religiosas y por medio de manuscritos. Algun tiempo despues, apareció impreso en diferentes publicaciones, entre otras, en el *Avenir Divoilé*, y últimamente, en un excelente libro intitulado: *Los secretos de la Saleta y su importancia*, por M. de Girard de Grenoble. El secreto de la Saleta ya no es hoy un secreto para nadie; pero mi nombre anda mezclado en este asunto. Hé aquí cómo: Melania, al constituirme depositario de esta parte de su secreto, hizo de él una declaracion auténtica. Y en la copia de este Documento, que yo remití al R. P. Séménenko, consultor del *Index*, y á otras personas, creí que debía consignar, á continuacion del Mensaje, esta declaracion, conforme con el texto autógráfo, para que no pudiera nunca considerarse como apócrifa.

De todas partes se me piden informes,

para saber á qué atenerse acerca de ese Documento, considerado como el verdadero Secreto de la Pastora de la Saleta: y no cabe duda, que estas peticiones son justas. De dónde resulta, que si hasta el presente debia guardar silencio, ahora, al punto que han llegado las cosas, no puedo ya continuar callado; ora porque la malevolencia empieza á inmiscuirse en el asunto, ora porque el Mensaje, reproducido, con más ó menos fidelidad, despues de haber pasado por tantas manos, no tardaria en ser desfigurado. Además, temo que las personas sencillas, y cuantos no están versados en el conocimiento del estilo profético, tomen á la letra, los términos generales relativos á las reprehensiones dirigidas al Clero y á las Comunidades religiosas, y caigan, de esta suerte, en errores groseros, y en una desconfianza no ménos funesta que injusta con respecto á personas, que tienen derecho á su afecto, á su respeto y confianza.

Por estas y otras razones, que omito, he creído de mi deber, publicar, desde luego, mis *Cartas sobre el Secreto de la Pastora de la Saleta*, pidiendo ántes la correspondiente autorizacion. «El Secreto no puede publicarse sin nuestro Comentario,» me decia el año anterior uno de los Vicarios generales. Ahora bien; el secreto se ha hecho público; se ha impreso y esparcido por todas partes; si alguno deplora esta publicidad, á causa de los puntos delicados que encierra el Mensaje de Nuestra Señora, sepa, que yo no soy, en manera alguna, responsable de ello, puesto que en la comunicacion que había hecho del Documento, no me excedí de los límites de la prudencia.

Estas *Cartas*, que ahora entrego al público, no son, en rigor, un Comentario del Mensaje, aunque como tal se las pueda considerar en ciertos puntos. El lector encontrará en ellas, á lo ménos en parte, lo que á cada uno le importa saber acerca de este Documento; y le ayudarán á comprenderlo, á convencerse de su importancia, y; sobre todo, á aprovecharse de él.

Paréceme oportuno decir aquí algunas palabras acerca de la Pastora de la Saleta. Pero como todo lo que de ella se, es bueno, solo diré lo mas indispensable. Cuando se habla de personas que todavía viven, la prudencia exige sobriedad en los elogios. Si la malevolencia ha pretendido, con frecuencia, desacreditar á la Pastora, nadie se

lo ha impedido; Melania no ha levantado nunca la voz para defenderse, acostumbra ya, hace mucho tiempo, á humillarse y sufrir. No sin justo motivo, al vestir el hábito religioso, tomó el nombre de María de la Cruz. Si la Hermana María de la Cruz, por haber cambiado de país, y pasado de una comunidad religiosa á otra, ha podido causar alguna inquietud á personas que se interesan por ella; tranquilizase esas almas, pues semejantes traslaciones no deben imputarse á Melania. Día vendrá, no lo dudamos, en que podrá decirse lo que ahora conviene callar: no olvidemos, que la caridad nos obliga muchas veces á guardar silencio. En vista de las Cartas que ha escrito, de un año á esta parte, muchas de las cuales han circulado por Francia, se le ha atribuido la pretension de querer representar un papel que no le corresponde, porque su mision ha terminado. No me toca á mí, juzgar si su mision ha terminado ó no; lo que sí puedo asegurar, es, que sus acusadores conocen muy poco á la humilde y piadosa Pastora.

¿Qué niño dejaría de gritar ¡socorro! al ver que se pega fuego á la casa paternal! Pues bien! eso es lo que Melania hace en sus Cartas. Sabe muy bien lo que ha de acontecer en Europa, y, sobre todo, en Francia, si rehusamos adherirnos á la fe de nuestros mayores, y no nos convertimos de veras. Ella ve, que esta Francia, de la cual está separada: esta Francia, que tanto ama, está ardiendo; ve que se derrumba por los crímenes de sus propios hijos; y grita á sus hermanos, á los hijos desnaturalizados de la Francia, que renuncien lo mas presto posible á su impiedad, á su indiferencia, y trabajen en salvar á la vez su patria, y sus almas. La justicia persigue en la actualidad á los petroleros, y obra como debe. Pero ¿quién duda, que los franceses, sino todos, al menos en gran número, por su irreligion, por su temeridad en marchar por mal camino, se parecen á esos petroleros insensatos, que con antorchas en las manos recorrian hace poco la capital para reducir á cenizas? Nos hallamos bajo los golpes del castigo mas terrible que Dios, en su cólera, puede infligir á un pueblo; hablo de estas tinieblas morales, de esta ceguera de entendimiento, que nos induce á rechazar cuantos medios de salvacion se nos ofrecen, y á trabajar nosotros mismos en

nuestra propia ruina. Semejante al pueblo judío, el pueblo francés tiene sobre los ojos como una venda, que no le permite ver el precipicio á que corre. Nuestra Pastora, que tuvo revelacion de nuestras desgracias, hace veinte y cinco años, ve todo esto y grita, para anunciarnos el peligro, é impedir que nos precipitemos en el abismo. ¡Y aún se quisiera impedirle de gritar! Esto no es posible; pues sería necesario arrancar antes de su corazón el amor que tiene á la Francia y á sus hermanos; lo que no se logrará jamás.

Á este fin, únicamente, y no para darse importancia, Melania escribió á M. Thiers. Por el mismo motivo, en 1861, á consecuencia de la guerra de Italia, escribió una carta, que quería enviar á Napoleon para suplirle, que no abandonase al Papa; advirtiéndole, que si llegaba á abandonarle, su fin sería desastroso, sobrevendría una guerra civil la mas espantosa, y desgracias tales, que ni siquiera tenia valor para bosquejarlas. Si se abstuvo de remitírsela, fue porque quiso antes consultar al R. P. X., entonces su director. El R. P., que me refirió estos pormenores en Marsella, en 28 de febrero 1870, apenas hubo leído dicha carta, temiendo que se la calificara de maniobra del Clero, y produjera, por lo mismo, antes mal que bien, juzgó prudente no enviarla, y la hizo pedazos, diciendo á la persona que se la había entregado: «Decid á Sor María de la Cruz, que no escriba semejantes cartas, ó bien que deje de consultarla.»

En una de las entrevistas que tuvimos en Castelmare, en el mes de enero 1870, hablando con Melania de cierto grandioso Instituto, que algunos conocidos míos proyectaban; la pregunté, si juzgaba el momento á propósito para trabajar en su fundacion: No, me respondió: cuanto se hiciera antes del castigo, sería edificar sobre arena: el Instituto no se sostendría, y se derrumbaría durante la crisis. Es necesario que venga el castigo: solo despues de él, estará preparado el mundo para recibirlo.» En las conversaciones que he tenido con Melania, he observado siempre, que, acerca del estado de las cosas en general, acerca del Clero, de las Congregaciones religiosas, de las necesidades de la época, de la necesidad de un Instituto, que se propaga por todo el mundo y esté animado de un solo espíritu; acerca de la proximidad

de un castigo inevitable y pavoroso, que pudiera atenuarse con acciones fervorosas, de las cuales depende su aplazamiento y mitigacion; y acerca de la union de los obispos en el Concilio, y de la adhesion á los decretos del mismo; sus ideas son claras y precisas. Hablando de la lentitud y gradacion con que procede Dios al castigar, me dijo: «Los castigos limitados y locales, son los precursores del gran castigo. Por medio de esos castigos diversos y parciales, Dios nos avisa, que está como observando la conducta de los hombres.»—«El mundo, añadió, se halla en un estado tal, que tiene necesidad de purgacion.»

He creído, que al poner fin á esta introduccion, convenia relatar de nuevo la célebre Aparicion. La relataré tal como está continuada en los *Anales de Nuestra Señora de la Saleta*. Y en el mismo lugar que el Secreto ocupa en el discurso de la Santísima Virgen, abadiré la parte del Secreto del cual Melania me hizo depositario, sin cambiar una sola palabra, y tal como ella misma lo escribió y firmó de su propio puño. Cuando se haya leído este grave Documento en toda su integridad, el lector podrá estudiarlo y profundizarlo en las CARTAS que le siguen.

La Aparicion aconteció el día 19 de setiembre 1816, último día de las Cuatro Temporas de setiembre, ó sea el sábado, víspera, en aquel año, de la fiesta de Nuestra Señora de los Siete Dolores, en la hora y momento que la Iglesia cantaba estas palabras de la liturgia: ¡Oh! cuántas lágrimas vierte, y cuan gran dolor traspasa á la Virgen Madre! *O quot undis lacrymarum, quo dolore voluitur... Virgo Mater!*

Los dos pastorcillos, que fueron los dichosos testigos del milagro, son ambos naturales de Corps, villa del departamento del Isère, situada á nueve kilómetros de distancia del santo Monte.

Habitaban entonces en el caserío de los Ablandins, municipalidad de la Saleta, aunque cada uno en la respectiva casa de su año. La niña, Melania Mathieu, contaba catorce años, y once Maximino Girard.

Estos dos niños, que apenas se concian (pues víéronse por primera vez la víspera del acontecimiento), llegaron juntos, en la madrugada del día 19 de setiembre, al monte. Á mediodía, cuya hora concieron

por el tañido de la campana al toque de Oraciones, tomaron sus escasas provisiones, y fueron á comer junto á una fuente pequeña llamada de los *Hombres*; terminada su frugal comida, bajaron el collado, y dejando sus sacos, separados el uno del otro en el suelo, junto á otra fuente, que entonces no manaba, descendieron algunos pasos mas, y sentándose sobre unas piedras á la distancia de dos ó tres pasos uno de otro, se quedaron dormidos.

Aquí empieza la relacion de los mismos niños, tal como se lee en la Memoria escrita por M. Rousselot, Vicario general, y presentada á la comision nombrada y presidida por monseñor Filiberto de Brulliard, para examinar la verdad de la Aparicion. Las declaraciones de ambos niños, tomadas por separado, aunque idénticas en el fondo, ofrecen algunas diferencias insignificantes en los detalles; nosotros daremos aquí su concordancia, concediendo la palabra ora al uno, ora al otro pastorcillo.

«Despues de dar de beber á las vacas, dice Maximino, y haber merendado, nos dormimos junto al arroyo, muy cerca de una fuente pequeña, que no manaba. Melania fue la primera en despertarse, y me despertó para ir á buscar las vacas. Pasamos el arroyo, subimos el collado, y las vimos echadas en el lado opuesto al arroyo. La distancia que nos separaba de ellas era corta. Volví á bajar la primera, dice Melania, y cuando me faltaban unos cinco ó seis pasos para llegar al arroyo, vi un resplandor como el sol, y aún mas brillante, pero del mismo color, y dije á Maximino:—Ven pronto á ver allá no sé qué resplandor.—Y Maximino bajó, diciéndome:—¿En dónde está?—Le indiqué con el dedo la fuente pequeña, y él, al verlo, se paró.—Vimos entonces en medio del resplandor una Señora, que estaba sentada, y con la cabeza apoyada en las manos. Tuvimos miedo, continua diciendo Maximino; y Melania exclamó: ¡Ah! Dios mío! y se dejó caer el palo; pero yo la dije:—Guarda tu palo, que yo guardo el mío; y si él nos hace alguna cosa, le daré un buen garrotazo. Y la Señora se levantó, se cruzó de brazos, y nos dijo:—Aceraos, hijos míos, no tengais miedo, que estoy aquí para daros una importante noticia.—Y ya no tuvimos miedo. Pasamos entonces el arroyo, prosigue diciendo Melania,

y ella se acercó hasta el sitio donde nos habíamos dormido. Estaba entre nosotros dos, y nos dijo, llorando, mientras nos hablaba (pues vi correr sus lágrimas, añade la Pastora):

«Si mi pueblo no quiere someterse, me verá obligada a soltar la mano de mi Hijo.

«Es tan fuerte, tan pesada, que ya no la puedo sostener.

«Cuánto tiempo hace que padezco por vosotros! Si quiero que mi Hijo no os abandone, me veo precisada a rogarle sin cesar. Y vosotros, sin embargo, no haceis caso.

«Por más que roñeis, por más que hagáis, no podreis recompensar nunca el trabajo que me he tomado por vosotros.

«Os he dado seis días para trabajar, y me he reservado el séptimo, y no se me quiere conceder. Hé ahí por qué pesa tanto la mano de mi Hijo.

«Los que conducen los carros, no saben jurar sin tomar en boca el nombre de mi Hijo.

«Esas son las dos cosas que hacen pese tanto la mano de mi Hijo.

«Si se echa á perder la cosecha, no es sino por culpa vuestra. Os lo hice ver el año pasado con las patatas; sin embargo no habeis hecho caso. Por el contrario, cuando encontrabais patatas picadas, jurabais, tomando en boca el nombre de mi Hijo. Seguirán pudriéndose, y este año, por Navidad, ya no las habrá.»

Aquí, la Pastora, hace la siguiente observación:

Yo no comprendía bien lo que quería decir: patatas. Iba á preguntar á Maximino, qué es lo que significaba: patatas; y la Señora nos dijo:

«Ah, hijos míos, ¿no comprendéis? os lo voy á decir de otro modo.

La Santísima Virgen repitió en el dialecto del país lo que había dicho ya, y continuó expresándose en el mismo dialecto. He aquí la traducción:

«Si tenéis trigo, no debeis sembrarlo; cuanto sembráreis, las bestias se lo comerán, y el que llegare á sazón, quedará hecho polvo cuando lo trillareis.

«Vendrá una hambre espantosa. Antes que venga el hambre, los niños menores de siete años, serán atacados de cierto temblor, y morirán en manos de las personas que los sostengan; los demás harán penitencia

con el hambre. Las nueces se maldarán, las uvas se pudrirán.

Dichas estas palabras, la Santísima Virgen continuó hablando, pero Melania no la oía; Maximino recibió su secreto. Poco despues, Maximino, á su vez, no oye nada; ve que la hermosa Señora mueve los labios, parécete que habla con Melania, pero no oye ni una sola palabra. En efecto, la Santísima Virgen hablaba con Melania solamente, y le comunicó el secreto, del cual hé aquí la parte que se me ha comunicado (*):

«Lo que ahora voy á decir no ha de quedar siempre secreto; podrá publicarse desde el año 1858.

«Los sacerdotes, ministros de mi Hijo, por su mala conducta, por sus irreverencias é impiedad en la celebracion de los santos Misterios, por su amor al dinero, á las dignidades y á los placeres (1)... Si, los sacerdotes piden venganza, y la venganza está suspendida sobre sus cabezas; ¡ay! de los sacerdotes y de las personas consagradas á Dios, que por sus infidelidades y depravada conducta crucifican de nuevo á mi Hijo! Los pecados de las personas consagradas á Dios suben al cielo y piden venganza; la venganza está ya á la puerta, porque no se encuentra quien implore misericordia y perdon por el pueblo; ya no hay almas generosas; ya no hay persona digna de ofrecer al Eterno la Victimá sin mancha en favor del mundo. Dios, pues, va á castigar de una manera nunca vista. ¡Ay de los habitantes de la tierra! Dios va á desplegar todo su furor, y nadie podrá sustraerse á tantos males reunidos... Apenas empiece á vibrar su fulminante espada, los montes y la naturaleza entera temblarán de espanto, porque los desórdenes y los crímenes de los hombres atraviesan las bóvedas de los cielos.

«La tierra será castigada con todo género de plagas (además de la peste y el hambre, que serán generales); habrá guerras, hasta la última guerra, que harán los diez reyes

(*) Hemos traducido este Secreto lo mas literalmente posible, para no desvirtuar ninguna de sus palabras.

(1) Las retenciones indicadas por puntos suspensivos, y etc. reemplazan las partes del Secreto que Melania no juzga todavía conveniente revelar.

del Anticristo, los cuales se propondrán un mismo fin, y serán los únicos que gobernarán el mundo. Antes que esto acontezca... etc., etc.

«La sociedad va á sufrir castigos los más terribles, y está en vísperas de asombrosos acontecimientos; no espere ser gobernada sino por una vara de hierro, y beber el cáliz de la indignacion de Dios.

«El Vicario de mi Hijo, el Soberano Pontífice Pio IX, no salga de Roma, pasad el año 1859; pero muéstrese firme y generoso: que combata con las armas de la fe y del amor; Yo estaré con él. Desconfíe de Napoleón, pues en su corazón hay doblez; y cuando querrá ser, á la vez, Papa y Emperador, Dios se retirará pronto de él. Es el águila, que, queriendo elevarse siempre, caerá sobre la espada de que quería servirse para obligar á los pueblos á elevarle.

«La Italia será castigada por su ambicion, que la induce á sacudir el yugo del Señor de los señores; por eso será entregada á la guerra; correrá la sangre en todas direcciones; las iglesias serán cerradas ó profanadas; los eclesiásticos, los religiosos, se verán expulsados, condenados á muerte, y muerte cruel. Será grande el número de eclesiásticos y religiosos que apostatarán de la religion verdadera; entre ellos se contarán hasta algunos obispos. Está prevenido el Papa contra los operadores de milagros, pues ha llegado el tiempo en que se verán en la tierra y en los aires prodigios los más sorprendentes. En el año 1864, Lucifer y un considerable número de demonios, serán soldados del infierno, que paulatinamente harán perder la fe hasta á personas consagradas á Dios; y las obeccarán de tal suerte, que á no ser por una gracia muy especial, esas personas adoptarán el espíritu de esos ángeles malos: muchas casas religiosas perderán enteramente la fe, causando la perdicion de muchos individuos: los malos libros abundarán en la tierra; y los espíritus de tinieblas, esparcirán por la tierra un relajamiento universal en todo lo relativo al servicio de Dios, y obtendrán (asi castigo Dios los crímenes de los hombres) un poder extraordinario sobre la naturaleza; habrá iglesias destinadas al servicio de esos espíritus; algunas personas serán esposadas de un lugar á otro por los mismos, y entre ellas algunos sacerdotes, porque no se guiarán por el buen espíritu del Evangelio,

que es espíritu de humildad, de caridad, y de celo por la gloria de Dios. Resucitarán algunos muertos, y justos; ó sea, estas muerteras tomarán la figura de almas justas, que vivieron en la tierra, para seducir á los hombres; y estos se-dicentes muertos resucitados, que no serán otra cosa que el demonio, bajo sus figuras, ó bien almas condenadas, predicarán un evangelio contrario al del verdadero Cristo Jesús, negando la existencia del cielo. Todas estas almas padecerán como unidas á sus cuerpos; y se verán por do quiera prodigios extraordinarios, porque la verdadera fe se ha extinguido, y la luz falsa alumbrará el mundo... etc... etc...

«El Vicario de mi Divino Hijo tendrá que padecer mucho; pues, por algun tiempo, la Iglesia se verá muy perseguida: este será el tiempo de las tinieblas; la Iglesia pasará por una crisis horrosa, etc...

«La Francia, la Italia, la España y la Inglaterra estarán en guerra, correrá la sangre por sus calles; el francés luchará contra el francés, el italiano contra el italiano; despues habrá una guerra general, que será espantosa; por algun tiempo, Dios no se acordará de Francia, ni de Italia durante dos años, un año, (1), porque el Evangelio de Jesucristo no es ya conocido, etc... etc...

«El Santo Padre sufrirá mucho; yo estaré con él, hasta el fin, para recibir su sacrificio. Los malvados atentarán muchas veces contra su vida (política) etc... etc...

«Un precursor del Anticristo, con su ejército compuesto de muchas naciones, combatirá contra el verdadero Cristo, el solo Salvador del mundo; derramará mucha sangre, y pretenderá aniquilar el culto del Criador para que se le considere como Dios.

«La naturaleza clama venganza contra los hombres; y se estremece de espanto mientras aguarda lo que ha de sobrevenir á la tierra, manchada de crímenes. Tiembra, tierra, y vosotros, los que habeis profesion de servir á J. C. é interiormente os adorais á vosotros mismos, temblad; puesto que Dios vá á entregaros á su enemigo, porque los santos lugares se han convertido en lu-

(1) Segun me lo ha dicho Melania, estos tres años no se refieren ni al abandono de Francia y de Italia, ni á nada de lo que se ha escrito en esta parte del secreto, sino á otra cosa que ella no ha comunicado todavía.

gares de corrupción. (Muchos conventos no serán ya casas de Dios, etc. . . etc.)

»En el año 1865, se verá la abominación en los lugares santos; en los conventos, etc. . . y entonces el demonio se presentará como el rey de los corazonos. Los que se hallen al frente de las comunidades religiosas, examinen con sumo cuidado las personas que reciben, etc. . . Porque los desórdenes y el amor á los placeres carnales, etc. . . etc. . .

»Por esos tiempos nacirá el Anticristo de una religiosa, etc. . . en su nacimiento vomitará blasfemias, tendrá dientes; en una palabra, será el diablo encarnado; dará gritos espantosos, hará prodigios, y no se alimentará sino de impurezas: tendrá hermanos, que, aun cuando no sean como él demonios encarnados, serán hijos del mal; á la edad de doce años, llamarán ya la atención por las ruidosas victorias que alcanzarán; bien pronto se pondrán todos al frente de ejércitos, etc. . . etc. . .

»Paris será quemado, y Marsella será engullida; muchas grandes ciudades serán derribadas y engullidas por terremotos, etc. . .

»Dirijo una apremiante excitación á la tierra; llamo á los verdaderos discípulos de Dios vivo, que reina en los cielos; llamo á los que verdaderamente imitan á Jesucristo, Dios y hombre, el único y verdadero Salvador de los hombres; llamo á mis hijos, á mis verdaderos devotos, á los que se me han consagrado, á fin de que los conduzca á mi Divino Hijo, á los que llevo, por decirlo así, en mis brazos, á los que han vivido de mi espíritu; finalmente, llamo á los apóstoles de los últimos tiempos, á los fieles discípulos de J. C., que, desconocidos del mundo, han vivido en el menosprecio del mismo mundo y de sí mismos; en la pobreza, en la humildad, en el desprecio y en el silencio; en la oración y en la mortificación; en la castidad, en la unión con Dios, y en los padecimientos; ya es hora de que salgan para iluminar la tierra. Id, y portaos como hijos queridos míos; yo estaré con vosotros, y en vosotros, con tal que vuestra fé sea la luz que os alumbró en esos días de infortunio; que nuestro celo os haga, digámoslo así, hambrientos de la gloria y honra del Dios Altísimo; pelead hijos de la luz, vosotros, corto número que veis; pues hé aquí, el tiempo de los tiempos, el fin de los fines, etc. . . el reinado de los diez reyes. ¡Ay de los moradores de la tierra! Sobrevendrán

guerras sangrientas y hambres, pestes y enfermedades contagiosas; vendrán lluvias de un granizo espantoso de animales, tempestades acompañadas de truenos, que destruirán ciudades, terremotos que sumergirán comarcas enteras; se oirán voces en el aire, y los hombres se romperán la cabeza contra las murallas: llamarán á la muerte, y la muerte será su suplicio; la sangre correrá en todas direcciones; ¿quién podrá triunfar? . . . etc. . . Caerá fuego del cielo, y consumirá tres ciudades; el terror reinará en todo el universo, y muchos se dejarán seducir por no haber adorado al verdadero Cristo, que vivía entre ellos. Ha llegado ya el tiempo, el sol se oscurece, la fé sola llegará; hé aquí el tiempo, el abismo se abre, hé aquí el rey de los reyes de las tinieblas, hé aquí la Bestia con sus subditos, etc. . . (no pasarán dos veces 50) (1).»

Los secretos confiados á los dos niños lo fueron en silencio. Luego de habérselos comunicado, la Santísima Virgen continuó en *patutú*:

«Si se convierten, las piedras y las peñas se convertirán en montones de trigo; y las patatas serán sembradas por las tierras.

«Rezais bien vuestras oraciones, hijos míos?—No mucho, Señora [respondieron ambos pastorcillos]—Es preciso rezarlas bien, hijos míos, mañana y tarde; cuando os falte el tiempo, y no podáis más, decid siquiera un *Padre nuestro* y una *Ave María*, y cuando tengais tiempo, decid mayor número.

«A misa no van sino algunas mujeres ancianas: los demás trabajan el Domingo, todo el verano; y en invierno, cuando no saben que hacer, no van á misa mas que para mofarse de la religion. En la Cuarema van á la carnicería como perros.»

(1) Tal es el Documento que me ha remitido la Pastora de la Saleta, con esta declaración auténtica:

«Pongo en vuestras manos esta parte del *Secreto* que recibí de la Santísima Virgen, el día 19 de Setiembre 1846, y que no debe permanecer ya secreta: vos hareis de ella el uso que mejor os pareciere, delante de Dios y delante de los hombres.

Castelmare, 29 de Junio 1870.

Melania Mathieu, Pastora de la Saleta

A Mr. el obate BILARD FELICEN.

Aseguran enseguida los Niños, que la hermosa Señora les dijo:

«¿No habeis visto trigo atizonado, hijos míos?» Maximino respondió: «¡Oh! no, Señora.»—Yo no sabia, añade Melania, á quien preguntaba eso, y respondi eu voz muy baja: «No, Señora, no lo he visto.»

La Santísima Virgen, dirigiéndose á Maximino, le dijo:

«Tú bien debes haberlo visto una vez, cerca de Coin, con tu padre. El dueño del campo dijo á tu padre, que fuera á ver su trigo atizonado. Fuisteis allí los dos. Cogió dos ó tres espigas en su mano, las estregó, y todo cayó en polvo. Despues os volvisteis; cuando no distabais más que media hora de Corps, tu padre te dió un pedazo de pan, y te dijo: Toma, hijo mio, come ese pan; yo no sé quien lo comerá el año que viene, si el trigo continua de esta manera (atizonándose.)

Maximino respondió: ¡Oh, sí, Señora, es verdad, no me acordaba de ello.

Despues de esto, la Señora nos dijo en francés:

«¡Pues bien! hijos míos, lo comunicareis á todo mi pueblo.»

Luego cruzó el arroyo, y á dos pasos de distancia de él, sin volverse hacia nosotros nos dijo otra vez:

«¡Pues bien hijos míos, lo comunicareis á todo mi pueblo.»

Añaden los pastorcillos:

«Despues subió unos quince pasos, hasta el sitio á donde habiamos ido nosotros á descubrir las vacas, deslizándose sobre la ierba, como si estuviera suspendida y la empujaban, y sin que sus pies tocasen más que la parte superior de la yerba. La seguimos á la altura, y Melania pasó por delante de la Señora; y yo, dice Maximino, por su lado, á dos ó tres pasos. La hermosa Señora se levantó antes de desaparecer (Maximino designa una altura de un metro y cincuenta milímetros), y permaneció así suspendida en el aire un momento. En esta disposición, miró primero al cielo y despues á la tierra. Nosotros no vimos ya mas la cabeza, luego desaparecieron tambien los brazos, y últimamente el resto del cuer-

po: parecia como si se derritiera. En breve no quedó sino un gran resplandor en el aire.

Melania describe el traje de la Santísima Virgen de esta manera:

«Llevaba zapatos blancos orlados de rosas de todos colores, medias amarillas, un delantal amarillo (1), un vestido blanco liso de perlas, una pañoleta blanca, orlada de rosas, una gorra blanca, inclinada hacia adelante, y una corona de rosas al rededor de la gorra.

«Llevaba una pequeñita cadena, de la cual pendia una cruz con la imagen de Cristo, viéndose á la derecha unas tenazas, y á la izquierda un martillo, y de los extremos de la cruz caía otra cadena cuyos eslabones eran de igual grandor que las rosas que orlaban la pañoleta. Su rostro era blanco y largo; pero yo no podia mirarla mucho rato, porque nos deslumbraba.»

A este relato, cuya autenticidad no es cuestionable, los dos pastorcillos añadieron, en diferentes circunstancias, algunos detalles, que vamos á reproducir.

La Aparición aconteció hacia las dos y media de la tarde, y duró cerca de media hora. La Sma. Virgen se mostró gradualmente á los dos Niños, en medio de un círculo de luz. Vieron primero las manos, despues la cabeza, despues distintamente toda la persona.

El globo luminoso ocupaba un diámetro de unos seis á ocho metros. La Sma. Virgen, estaba rodeada de dos luces diferentes, la una, inmediata á su cuerpo glorioso, centelleaba; la otra permanecía inmóvil; y dentro de esta última estuvieron los dos pastorcillos durante la Aparición. Nos halláramos tan cerca, dicen ellos, tan cerca de la Hermosa Señora, que ninguna persona hubiera podido pasar entre ella y nosotros. La Sma. Virgen era muy bella y de gran estatura, y su voz se asemejaba á una dulce melodía. Sus palabras penetraban en la inteligencia de ambos Niños de una manera, en cierto modo, misteriosa. Maximino dijo, esta expresión notable: «Mientras la Hermosa Señora nos estaba hablando, parecia que nos comiamos sus palabras.»

Maximino, por más que hizo, no pudo

(1) El traje de la Santísima Virgen era un vestido de luz. Los niños lo explicaron con las únicas expresiones que estaban entónces á su alcance.

ver el rostro entero de la Sma. Virgen. Estaba deslumbrado por el brillo extraordinario de sus rasgos divinos. El niño veía, sin embargo, la extremidad de la luminosa gorra, ó brillante diadema que le rodeaba la cabeza, y la parte inferior del rostro, hasta los labios, pero nada más; no vió ni la frente, ni los ojos; solo Melania ha podido asegurarnos, que la Virgen lloraba. Sus lágrimas no caían hasta el suelo; se evaporaban, algo más bajo de la cintura, en la luz que la circundaba. En el mismo momento en que la Sma. Virgen iba á desaparecer, cesaron sus lágrimas; sin embargo, veíase pintada en su rostro una profunda tristeza.

Festividad de Todos los Santos, 1871.

F. B.

CARTAS A UN AMIGO

SOBRE EL SECRETO

DE LA PASTORA DE LA SALETA.

Roma, 3 de febrero 1870.

Querido Amigo:

El resultado más imprevisto de mi viaje, como os lo escribí desde Nápoles, hace algunos días, ha sido el venir á mis manos una parte considerable del *Secreto*, confiado por la Santísima Virgen á la Pastora de la Saleta. Cuanto con poder, muy en breve, enviaros este grave Documento, del cual quiero, sin embargo, desde hoy, empezar á hablaros. Verdad es, que en vísperas de emprender un viaje desde Roma, distraído el ánimo en mil cosas, no se está para escribir; pero deseo que leáis el nombre de la Ciudad Eterna al frente de estas cartas, en las cuales me propongo llamar toda vuestra atención acerca de este precioso Mensaje, que no ha llegado á mis manos sino con motivo de mi viaje á Roma.

Estoy en posesion, pues, de este famoso *Secreto*, ó, al ménos, de una parte considerable de él, de la parte que Sor María de la Cruz (es el nombre que Melania ha tomado en el claustro) cree estar actualmente obligada á comunicar.

Habia ya obtenido yo del venerable obispo monseñor de Castelmare, la autorización para visitar á Sor María de la Cruz, y conferenciar con ella acerca de un asunto importantísimo; la fundacion del Instituto, me aguardais tanto tiempo há, y que otros muchos aguardan con igual impaciencia, no solo en Francia, sino en Italia y otras partes; de ese futuro Instituto, que, segun aseguraba, hace algunos años, uno de los Misioneros de Nuestra Señora de la Saleta, está anunciado en el *Secreto* de la Pastora.

Nuestra primera conversacion sobre una fundacion tan trascendental, versó acerca de la ocasion de que se sirvió la divina Providencia para inspirar á Melania, que me comunicase esta parte de su *Secreto*.

Despues de haber hablado con ella muy extensamente de esa Institucion, sobre la cual estamos de acuerdo en ideas y esperanzas; despues de haberla referido las palabras, que he citado ántes, de uno de los Misioneros de la Saleta; la rogué tuviese á bien decirme sobre este asunto, cuanto juzgase oportuno comunicar, añadiéndole, que no era mi ánimo sorprenderle ni una sola palabra que no estimase conveniente pronunciar. Entonces fué cuando me confesó, que habia ya llegado el tiempo de publicarla, diciéndole, que su secreto, no se le habia comunicado solo para ella, y que debia dar á conocer de él lo que fuera conveniente comunicar al público. Como la viera yo algo turbada y perpleja, tomé entonces un tono más formal, declarándole, que si, en realidad, habia llegado ya el tiempo de manifestar parte de su *Secreto*, cosa que nadie mas que ella podia apreciar, debia hacerlo sin temor; y le añadí, que, en tal caso, me la comunicase por escrito. No se borrará jamás de mi memoria aquel momento. Reinaba allí, en verdad, no sé que de pasmoso y solemne, á lo ménos para este vuestro servidor. ¡Tantas cosas se habian dicho acerca de este *Secreto*, hasta entónces impenetrable! ¡Tantos personajes importantes habian tratado, en vano, de arrancárselo á la jóven Pastora, sin haber obtenido nunca ni una palabra! Este secreto, debia, además, contener cosas de tanta gravedad! ¡Y hé aquí, que de repente, sin haberlo soñado siquiera, iba yo á llevarme la revelacion tan codiciada! La Religiosa que

acompañaba á Melania, tenia fijos los ojos en ella, como buscando sorprender en la expresion de su rostro la resolucion que iba á tomar. Yo, por mi parte, aguardaba en silencio una palabra conforme á mis deseos; y cierto, que no era mera curiosidad la que entónces me impulsaba; puedo asegurar, que, en aquel instante, me sentia inspirado por motivos de un orden mucho mas elevado. Entretanto, nuestra humilde Pastora permanecia como recogida; hubiérase dicho, que consultaba su conciencia antes de adoptar una determinacion grave. Transcurridos algunos momentos de profundo silencio, declaró con voz tímida, pero resuelta, que me comunicaria el *Secreto*. Hé aquí, mi querido amigo, como ha llegado á mis manos esta comunicacion, en el momento en que Melania y yo ménos lo pensábamos, del modo más imprevisto, y, en apariencia, más fortuito. Me complazco en referiros esta escena íntima, porque así tambien vos podreis admirar esta amable providencia de Nuestro Padre celestial, que escoge su hora, sin contar con los hombres para nada.

Como el Mensaje es bastante extenso, y Sor María de la Cruz necesitaba no poco tiempo para escribirlo, acordamos, que me lo entregaria dentro de algunos dias, en nuestra próxima entrevista. En efecto, en mi segunda visita, Sor María de la Cruz me entregó por escrito una parte del *Secreto*, que llena cinco páginas. Empero, habiendo descubierto yo (vais á ver cómo) que habia omitido cosas importantes, que podia manifestar, le pedí otra copia, en la que constase lo que habia omitido.

Diez años han transcurrido, desde que Sor María de la Cruz consignó por escrito la parte de su secreto, que podia comunicar, poniendo su manuscrito en manos de una Religiosa, la madre María de la Presentacion, á cuyo cuidado Melania habia sido especialmente confiada, y en cuya compañía permanece aún hoy día. Nadie habia visto este manuscrito, si se exceptúa, tal vez, uno de los Vicarios generales de Marsella, á quien la madre María de la Presentacion lo mostrara, y quien no le atribuyó gran importancia, diciendo, que todo se referia al fin del mundo. En mi segunda visita, obteniendo la comunicacion de este manuscrito; y leyéndole, encontré muchas cosas importantes que faltaban en la copia. Sor María de la Cruz accedió á mi solicitud, haciendo

una segunda copia, la cual comprende todo lo que contenia ese manuscrito original. La nueva copia me fué entregada por Sor María de la Cruz, el domingo último, 30 de enero, dos dias ántes de mi salida de Nápoles: la confrontamos con el manuscrito original, cuya conformidad es perfecta. Al siguiente día, Sor María de la Cruz hizo otra copia, que me encargó la entregase yo mismo á monseñor de Castelmare: luego me despedí de aquellas buenas Religiosas para venir á pasar algunos dias en Roma, y desde allí regresar á Francia.

Segun me ha declarado Sor María de la Cruz, el Documento que acaba de entregarme, no es más que una parte del Mensaje *Secreto* que recibí de la Sma. Virgen, el día 19 de setiembre de 1846; esto es, un compuesto de fragmentos tomados de las diferentes partes del *Secreto*, que, en su concepto, no debe aun publicarse en toda su integridad. No obstante, segun podreis juzgarlo vos mismo, leyendo el texto, este Documento, aunque compuesto de trozos sueltos, y que, por lo tanto, tiene lagunas que uno quisiera ver llenadas, no por eso deja de presentar un carácter imponente.

Hablando de la comunicacion del *Secreto*, hecha ántes al Santo Padre, Sor María de la Cruz me ha declarado, que no habia declarado todo su *Secreto*, sino solo una parte de él (1).

Nadie, pues, en el mundo, conoce todavía todo el *Secreto* de la Pastora. Por lo que de él tememos, me inclino á creer, que el *Secreto*, en su integridad, debe formar un conjunto admirable, y es la historia anticipada de los principales acontecimientos que han de cumplirse hasta el fin del mundo. Lo restante del *Secreto* ¿se publicará más adelante? Estoy por la afirmativa. Empero, sea de ello lo que fuere, la parte que poseemos, arroja una luz brillante sobre la si-

(1) En mis entrevistas con Sor María de la Cruz no habia soñado siquiera en pedirle, si el Documento, que me entregaba, era el mismo que habia escrito al Santo Padre. Desde entónces he consultado sobre este asunto, y se me ha contestado: «En lo que escribí al Santo Padre habia cosas relativas á sus personas; es posible que haya algo de lo que vos poseéis.»

Estos dos Documentos, pues, no son iguales, aunque tal vez contienen muchos puntos comunes: son dos documentos, cada uno de los cuales se compone de diversas partes de un Todo mas considerable.

tuacion presente, y sobre el porvenir de la Sociedad. Parece que es bastante lo que contiene para quien dese de ella aprovecharse.

No puedo, querido amigo, abordar el contenido del Secreto, sin anticiparme a una cuestion, que con justicia podríais proponerme, y que, naturalmente, ocurrirá a cualquiera. HeLa aquí: Este Secreto ¿es auténtico? es verdaderamente el Mensaje Secreto que la Santísima Virgen confió a la Pastora de la Saleta en la Aparicion del día 19 de setiembre de 1846, acontecimiento, que ha llamado la atencion del mundo entero? Antes de responder á esta pregunta, permitidme que os diga, no por vos, ni por vuestros amigos, sino por los demás, á cuya noticia por fuerza llegará bien pronto, que lo que yo hoy como parte del Secreto de Melania, es en realidad, de la misma Melania; ella lo escribió, y lo firmó de su propia mano. Escribo autógrafo de la Pastora de la Saleta, del cual os remitiré muy en breve una copia fiel, yo mismo la he comunicado, hoy, 3 de febrero, á monseñor Ginouillac, obispo de Grenoble: su Grandeza lo ha leído, desde el principio al fin, en alta voz, en presencia de nuestro servidor, y ha podido reconocer la letra de la que estubo ántes bajo su jurisdiccion. Monseñor el obispo de Castelmare, posee ahora un ejemplar idéntico al mio, escrito igualmente por Melania, como he dicho ántes; y he tenido la honra de entregar yo mismo este ejemplar á su Grandeza, inmediatamente despues de mi regreso á Roma, hace dos dias.

Ahora bien; en las seis páginas y media que Melania me ha remitido, escritas y firmadas de su propia mano, declara ella, del modo más formal, que contienen, en realidad, parte del Secreto, que le confió la Santísima Virgen en la célebre Aparicion. Esta declaracion, consignada al pie del mismo Secreto comunicado, está concebida en estos términos: «Entrego en vuestras manos esta parte del Secreto, que recibí de la Santísima Virgen, el día 19 de setiembre 1846, la cual no debe permanecer más tiempo oculta: vos hareis de ella el uso que os parezca conveniente delante de Dios y de los hombres.»

Empero ¿podemos temer ilusion ó impostura en la Pastora? Me parece imposible. Y he aquí algunas de las razones, en mi

concepto suficientes para desterrar todo temor de ilusion en el asunto de la Saleta.

En primer lugar, el Secreto está estrechamente ligado con el hecho de la Aparicion, de la cual es el punto principal y el fin inmediato; de tal manera, que si se admitiese la ilusion relativamente al Secreto, esta ilusion, al parecer, repercutiría sobre la misma Aparicion. Ahora bien; esta Aparicion está hoy tan sólidamente establecida, que, razonablemente, no cabe ponerse en duda.

Desde la Aparicion, la Pastora ha conservado constantemente un recuerdo claro y distinto de todas las partes del Secreto, no obstante su mucha extension y de ser muy complejo: tiene muy presentes todas las palabras de la Santísima Virgen, y la inteligencia de cuanto oyó. Al mismo tiempo que la Virgen hablaba con la Pastora, el espíritu de ésta, elevado á una de las más sublimes visiones, veía con toda claridad cuanto se la decía (1). Y cerca de un cuarto

(1) «La Santísima Virgen pronunciaba todas las palabras, sea de los Secretos, sea de las Reglas; pero solo yo hubiera podido odivinar ó penetrar lo que ella decía; descorrióse un gran velo; los acontecimientos se ofrecian á mi vista; y á mi imaginacion á medida que ella pronunciaba las palabras; habia delante de mí un gran espacio; y en él veía yo los acontecimientos, los cambios de operacion de la tierra, mientras que Dios, inmutable en su gloria, miraba á la Virgen, que se inclinaba para hablar con dos raparceños.

(Extracto de una carta de Melania, de 26 de Diciembre 1870.)

«...Algunas personas quisieran, que la Santísima Virgen hubiese hablado ménos. Es sensible, que tales personas se muestran tan avaras para con una pobre pastora, que de todo corazón desearia, que el mundo entero hubiese visto y oido todo lo que ella vio y oyó, por espacio de media hora, para que todos se hubieran convertido... Y esas personas, que nos aseguran, que la Santísima Virgen no oia hablar tanto, habrian comprendido perfectamente, y mucho mejor que en los libros, si es que algunos lo enseñan, que las palabras del Cielo, no son solo palabras; quiero decir, que la persona que escucha, no se detiene en la letra, en la palabra, porque cada palabra se desarrolla, presentándose á la vision en aquel momento la accion futura; se ven mí mil cosas, además de lo que se habian oido. Elevase el espíritu á una altura, que no es el cielo, y tal vez ni siquiera se muere del lugar donde se encuentra; pero al mismo tiempo, que se olvida de sí mismo, se ve todo, se oye todo, y todo se comprende. Y sin sentirse atraída, y estaba como pegada á aquella belleza imponderable: María... Si yo quisiera, lo repito, explicar todo esto, no alcanzaría nunca, jamás, decir la verdad... (Extracto de otra carta de Melania.)

de siglo despues del acontecimiento, no ha olvidado nada, todo ha quedado grabado profundamente en su memoria. De ahí dimana este conocimiento seguro que, al parecer, tiene del porvenir. En mis largas conversaciones con ella, quedé asombrado de la lucidez, de la precision, de la firmeza inquebrantable de sus ideas. Siempre que me esforzaba en hacerla hablar del mismo asunto, la encontré en iguales disposicio-

ustiones; véase como se agitan, como hacen y deshacen un misma cosa; véase la envidia de los unos, la ambicion de los otros. etc. etc.: y se ve todo esto, en una sola palabra, que se desprende de los labios de Aquella, que hace temblar el infierno, de la Santísima Virgen. No cabe duda, que si esas personas hubiesen visto una sola vez á un habitante del paraíso, no afirmarían que el espíritu que les ha hablado, no ha dicho tantas cosas; sino que dirían más bien, que les es imposible decir todo lo que saben. Yo soy una gran ignorante; pero á cada momento fuea una lluvia de las más sabias, nada pudiera escribir acerca de las cosas de arriba, porque las expresiones de que se sirven los hombres mas sabios, no llegan ni á una sombra de la verdad de las expresiones que se emplean allá arriba para hablarse. El lenguaje de lo alto es un movimiento del alma, deses del alma, aspiraciones del alma; y los ojos vivos del alma se comprenden.

«Creo, pues, que si, acá bajo, quisiéramos explicar esto, no lo lograríamos nunca. Y yo, sobre todo, sobre vil poder, no he nacido por cierto para hablar de tan sublimes cosas. Amemos á Dios con todo nuestro corazón: hé aquí nuestra ciencia y nuestra riqueza. ¡Oh! ¡preciso es estar loco para no mostrarse loco del amor de Aquel, que ha sido, el primero, loco de amor para con nosotros... (Extracto de otra carta de Melania.)

«Me das gracias porque, en mi última carta, he empezado á tratar de la Vision. Admirome de esto, pues harlo sé, que no soy capaz de tratar de cosas tan sublimes. Creo haberlo escrito ya, que me acordaba de lo que me acordaba, carecia de expresiones para hacerme comprender. Luché con muchas dificultades para expresar una cosa, que no alcanzo con explicar, como por ejemplo, si quiero explicar de que manera veía yo á la Santísima Virgen, ó de que manera veía yo á la persona que ella expresaba con palabras; como veía al mundo entero, y el ojo del Eterno: era un cuadro vivo; veía la sangre de los que morian, y la sangre de los Mártires; pero el amor de esta dulcísima Virgen me cubria; y olvidada de todo lo demás, ni me acordaba siquiera de mí misma; no pensaba en nada, no podia hacer ni una sola reflexion; entonces, sí, que era muy sábia, puesto que hablaba, pero no con palabras; y cuando la Santísima Virgen andaba, no tuvo necesidad de decirme que la siguiera; en aquel momento no me ocupaba de mí misma, no pensaba que tenía pies para andar, me sentía atraída, y estaba como pegada á aquella belleza imponderable: María... Si yo quisiera, lo repito, explicar todo esto, no alcanzaría nunca, jamás, decir la verdad... (Extracto de otra carta de Melania.)

nes y sin sombra alguna de perlipjidad. Por lo demás, ella es sobria de palabras, y se hace admirar por su sencillez, su candor y prudencia. Cuando en nuestras conferencias, tocaba yo algunos puntos, que ella no debe descubrir todavía, tuvo ocasion de admirar su silencio y la delicadeza con que sabia eludir la respuesta.

He aquí otra razon, que no permite sospechar ilusion alguna; esta parte de su Secreto, es un parto repentino de su memoria; mucho ántes de entregármelo, la habia consignado por escrito en la calma de la soledad. Este secreto estaba allí, durmiendo en un manuscrito, desde cerca diez años, aguardando el momento providencial para salir á luz; y ahora, que las circunstancias le permiten hablar de lo que tanto tiempo hace consignó en este manuscrito, afirma, con esta sencillez y candor de una alma que disfruta en paz de la certeza, que el manuscrito no contiene sino las palabras que recogió de la boca misma de la Reina del cielo, palabras que quedaron como grabadas en su alma con caracteres luminosos, y de los cuales ha guardado hasta aquí un recuerdo inalterable (1).

Ninguna necesidad tengo de decirlo, mi querido amigo, que si yo recibí y transmito el Mensaje en cuestion, y sin temor alguno de ilusion, con mucho mayor motivo lo recibí y os lo transmito sin la menor sospecha de impostura. ¿Pues qué! ¿asi se engaña? Una pobre pastora ¿hubiera podido inventar tales cosas? Aquí pueden muy bien aplicarse estas palabras de Bossuet: «Si fueran hombres célebres, fariseos, ó

(1) Escribí yo á Melania, que un venerable obispo habia manifestado cierto recelo de algunas ilusiones relativamente al Secreto; y ella me contestó al punto, corroborando su declaracion en los términos siguientes:

«La Santísima Virgen me dijo lo que yo os he escrito, y me lo dijo el día 19 de setiembre de 1846. Si en esto hay ilusion, la hubo tambien en la Aparicion misma, lo que no creo. Desde la Aparicion, hasta hoy día, en que he podido revelar esta parte del Secreto, he tenido siempre las cosas presentes, claras y distintas las unas de las otras: en la actualidad, conozco bien todas estas cosas, pero formando un todo con lo que todavia no he manifestado. No olvidéis lo que os he escrito, estaba escrito muchos años hace; nada hay de mí, y nadie lo habia leído nunca.»

He aquí una declaracion que no puede ser más precia. Y en esta declaracion, Melania aduce las diferentes razones que, en mi concepto, desvanecen todo temor de ilusion relativamente al Secreto.

doctores de la ley los que refieren tales maravillas, el mundo creería fácilmente que las han inventado para crearse un nombre con sus sublimes visiones. Pero ¿quién piensa en contradecir á sencillos pastores en su relato candoroso y sincero?... Sus discursos carecen de artificio (1)? Además ¿qué interés tiene Melania en mentir? ¿Qué pudiera prometerse de su mentira para la vida futura? ¿qué fruto pudiera esperar de ella en la vida presente? Humanamente hablando; ¿qué ha recogido hasta ahora del testimonio que ha dado de la verdad de la Aparición, de las advertencias y de las amenazas que la divina Madre vino á comunicarnos, derramando lágrimas? ¿Qué le ha valido, hasta el presente, sino pruebas y tribulaciones, capaces de hacer estremece á la naturaleza más vigorosa é intrepida? Vos ya sabéis algo de eso; pero lo que vos sabéis, no es nada todavía en comparación de lo que pudiera decirnos.

No puedo, pues, yo sospechar siquiera impostura, ni tener ilusión, relativamente al Secreto, y mucho menos cuanto se refiere á la Aparición; y os comunico este Secreto con la misma confianza con que yo mismo le recibí.

Como lo vereis al frente del Mensaje, la Santísima Virgen dijo á la Pastora, que podría publicar esta parte del Secreto en 1858 (vispera de la guerra de Italia). ¿Por qué ha aguardado hasta hoy á publicarla?

Acerca del particular, hay que observar, que la Pastora no había recibido el orden, sino el permiso de publicar desde 1858, esta parte del Mensaje de la Sma. Virgen (2). Ahora bien; el poco resultado producido por la Aparición, y la manifestación del Mensaje público, debido á la indiferencia

y al endurecimiento de los hombres, y la hostilidad que ese grande acontecimiento encontró entre los mismos, que por su estado, debían cuando ménos, recibirlo con respeto, eran motivo, más que suficiente, para que Melania temiese, que la publicación del Mensaje oculto no encontraría más que contradictores, ó indiferentes; y que ningún fruto podía esperarse de una generación, tan poco dispuesta á recibir y oír semejantes cosas. Juzgais vos, en efecto, que la publicación de este Documento, en 1858, hubiera impedido la guerra de Italia, ó modificado la política de Napoleon, ó de Victor Manuel? Juzgais que esta publicación, hubiese detenido á nuestra degradada sociedad en la pendiente del abismo á que corría con la cabeza baja?

Como quiera que sea, tal vez por algun secreto desiguijo de la Providencia, la manifestación del Mensaje-Secreto ha sido diferida hasta hoy. Tal es en la actualidad el estado de Europa, que no es difícil presentar una parte de los graves acontecimientos anunciados por la Reina del Cielo á la Francia y á toda la gran Familia cristiana. Además, este momento, en que el Concilio está reunido, parece el más oportuno para comunicar al Clero y á los Religiosos las advertencias y el llamamiento de la Santísima Virgen, y para disponernos á abrazar las reformas que Dios nos prescribirá por el órgano de este santo Concilio.

Pongo aquí punto, querido amigo: me parece que por hoy basta. No puedo prever ni dónde, ni cuándo podré escribirlos; aprovecharé para ello el primer alto que me lo permita.

Recibid, etc.

F. B.

Venecia 7 de febrero 1870.

Querido Amigo:

Permaneceré aquí por algunos días, y quiero aprovechar los cortos momentos de descanso que me permite esta parte de mi viaje, para continuar tratando del asunto, acerca del cual empecé á hablaros en la vispera de mi salida de Roma.

Dispensadme que emiece esta carta por una palabra familiar á nuestra Pastora: «Los hombres tienen la cabeza dura...; quieren esperar los acontecimientos sin cambiar de conducta.» En verdad, es sorprendente la ligereza del espíritu humano! El

hombre vé como van desarrollándose á su vista las situaciones más graves sin cuidar de penetrarlas, de explicárselas, descubrir las causas, prever las consecuencias; olvida, hoy, las útiles enseñanzas que oyó ayer: se habitúa á caminar sobre abismos, sin que, al parecer, tenga conciencia del peligro; y acaba por dormirse tranquilo sobre el volcan, que puede tragárselo de un momento á otro. Verdad es, que descuellan, de vez en cuando, algunas inteligencias claras y profundas, que con mirada escrutadora, no solo descubren en los pliegos más secretos de la sociedad, la causa de las tempestades que van á levantarse, sino que tienen el valor de anunciarlas á la tierra. Aunque esos talentos solo aparezcan raras veces en la escena del mundo; no obstante, Dios, en su bondad, no deja de suscitar algunos en circunstancias críticas, para advertir á la sociedad, anunciarle el peligro, é indicarle el remedio. A principios de este siglo, hemos tenido á de Maistre; y á mediados del mismo, á Donoso Cortés. Recordareis, sin duda, los discursos que este último pronunció, hace unos veinte años, en el salon de las Cortes de España, discursos que causaron profunda sensación en toda Europa. Despues de haber paseado su mirada penetrante por la sociedad actual, examinando sus cumbres y profundidades; despues de haber demostrado el desvío de las naciones europeas, de aquellas, sobre todo, que recibieron una misión mas providencial, el desfallecimiento del sentido religioso, y el progreso del espíritu revolucionario en el seno de las masas, Donoso Cortés, pudo predecir desde entonces, y con seguridad, que el mundo experimentaría muy en breve, catástrofes terribles. Decían algunos en aquella época, que Donoso Cortés era un pesimista exagerado; pero la verdad es, que era un gran filósofo, un gran político, que veía claro y de léjos. Su fé, decuplicando las luces de su privilegiada inteligencia, sabia elevarse en alas de su talento y de su genio, hasta las esferas más encubiertas de la filosofía, de la historia y de la política, para estudiar la marcha de las sociedades, las causas de su grandeza y de su decadencia; la acción continua de Dios sobre estas mismas sociedades, para dirigir las, detenerlas, recompensarlas ó castigarlas. Desde esas alturas ese grande hombre, denunció á nuestra sociedad, que marcha

ba por un camino falso, que corría al abismo, que se encontraría con el brazo de Dios armado con la espada para castigarla de una manera terrible, y obligarla por el castigo á retroceder y tomar el buen camino. «Los que vivirán, escribía en una de sus cartas, verán; y viendo, se espantarán al pensar, que la revolución de febrero no ha sido mas que una amenaza, y que ya avanzando el castigo.» Mas ¿quién se acuerda ya de Donoso Cortés, ni de sus predicciones? Entre los que gobiernan en la actualidad los pueblos ¿qué hombre verdaderamente político, esto es, de grandes miras y de ojeada segura, comprende el estado de nuestra sociedad, sus peligros, sus necesidades, los medios de conjurar la crisis social, que nos amenaza, y procura aplicarlos en cuanto le sea posible?

Lo mismo los pueblos, que sus gobiernos, obran todos como poseídos de vértigo. Hace mas de veinte años, que el Papa, é inmortel Pio IX, y con él, los obispos más ilustres, no cesan de advertir á todo el mundo; pero nadie hace caso de sus advertencias. El Concilio está ahí, reunido para curar las naciones, mostrarles la luz y la salvación; y los gobiernos de las naciones católicas abrigan sobre él sospechas, temen sus decisiones, protestan de antemano contra lo que podría salvarlos! Hace veinte y cuatro años, que la Sma. Virgen descendió del cielo, para darnos algunas advertencias; y vino en la actitud de incomparable dolor, derramando lágrimas á la vista de los males que van á descargar sobre nosotros, si no hacemos penitencia, para denunciarnos por medio de dos niños. El mundo debiera haber caído de rodillas é implorar misericordia. Sin embargo, no ha hecho nada; ha permanecido frío é insensible; el grito de alarma de la divina Mensajera, léjos de arrancarle á su indiferencia, ni siquiera ha conseguido conmoverle: las lágrimas de la mas amable de las madres, no han sido bastantes para enternecerle. En otro tiempo, Nínive hizo penitencia á la voz de Jonás; el rey descendió de su trono, y todo el pueblo, desde el más grande, hasta el más pequeño, ayunaron y clamaron al cielo para desarmarle y evitar el castigo que les amenazaba. Hoy, es la Madre de Dios la que, toda desconsoada, viene por sí misma á predicarnos la penitencia, y á suplicarnos, llorando, que

(1) Elevacion xi. Los Pastores en el Pesebre de Jeseucristo.

(2) Si la Sma. Virgen, al decirme que yo podría publicar esta parte del Secreto, se hubiera servido del imperativo, yo as hubiese publicado, á pesar de todas las persecuciones que tal vez me hubiera acarreado. No habiendo domelo mandado la Santísima Virgen, y observando que, en general, la misma Aparición de la Sma. Virgen, no había producido el bien que de ella debía esperarse, y puesto que los hombres tienen la cabeza dura, no conocí que bien podía producir esta parte del Secreto. Atendiendo que los hombres quieren esperar los acontecimientos, sin pensar de cambiar de conducta, creo yo que esta publicación únicamente daría que hablar, y luego, nada... (Extracto de una carta de Melania.)

con nuestra conversión la ayudemos á desarmar la cólera de su Hijo, y á alejar de nosotros los formidables castigos que está á punto de lanzar sobre el mundo. ¡Y el mundo no se digna ni siquiera ocuparse de este hecho, único en la historia de la Iglesia, y, aturrido, continúa marchando por sus caminos! En verdad, el corazón del mundo es harto duro; la sociedad actual no tiene entrañas: es cruel. Este siglo, que, en su loco orgullo, se atreve á llamarse el siglo de las luces, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye. Semejante á un jóven depravado, á fuerza de menospreciar las advertencias del mejor de los padres, y de la mas tierna de las madres, ha llegado al último grado de insensibilidad y de endurecimiento. Para un jóven de esta naturaleza, las advertencias son inútiles, y no queda ya otro remedio que la desgracia para hacerle entrar en razón. Si, tal es el estado de la sociedad de nuestros días: la divina Providencia ha agotado, en cierta manera, con respecto á ella, toda clase de avisos; pero todo ha sido inútil; y, al parecer, solo las últimas catástrofes son ya el único remedio para abrirle los ojos, y volverla al buen camino.

Ahora bien sabedlo, querido amigo: Dios quiere poner en razón á esta sociedad tan soberbia, tan ingrata y tan rebelde, y la castigará de suerte, que terminara por dominarla. Desde lo más elevado, hasta lo más bajo, todo está fuera de su lugar en esta desventurada sociedad, y difícil es ya encontrar en ella siquiera algunos vestigios de la sociedad cristiana. Pues bien! todas las clases serán azotadas, y lo serán sin piedad. Como lo vereis por el Mensaje Secreto de Nuestra Señora. Dios ha reunido en su carcax un haz de flechas tan afiladas y agudas, que penetrarán hasta el corazón de sus enemigos; ha llenado la copa de su cólera de carbones ardientes, que llevarán la desolación á las cumbres, y á los valles más profundos de nuestra sociedad desgraciada; y todos, pequeños y grandes, se verán precisados á reconocer el dedo de Dios, y á implorar misericordia: *Sagitta potentis acule cum carbonibus desolatoris.* (Ps. XLIX y CXIX.)

Empero, es tan triste y angustioso presentir y ver llegar el castigo, que, para mi consuelo, me complazco en considerar como un remedio del mal, y una preparación al

reinado de la paz. Dios tiene todavía grandes desígnios de misericordia y de amor para con los hijos de los hombres; quiere, que el Evangelio sea predicado por toda la tierra, y que la plenitud de las naciones entre en su Iglesia; quiere, que brille en la frente de su Esposa inmaculada una nueva gloria; quiere colmar su divina fecundidad, y llenar, por ella, el número de los escogidos; quiere, que aparezca á la vista de todo el mundo, que ella sola posee las promesas de la vida presente, así como las de la vida futura; y que en ella, y solo por ella, pueden las naciones hallar la vida y la felicidad verdaderas. Si; Dios va á destruir los obstáculos que se oponen á estos grandes desígnios de su amor. Si ha dejado amontonar estos obstáculos hasta el punto en que hoy los vemos, y que quizás serán aún mayores, es para que su victoria sea más brillante, y el triunfo de su Iglesia más milagroso y completo.

Dios no se complace en azotar, es padre, y como buen padre, no azota sino cuando los hombres le obligan á ello. Mas, como al mismo tiempo es un padre exento de debilidad, azota cuando es necesario, y hasta el punto que lo requiere el bien de sus hijos, el bien de la sociedad. Dios quiere que el género humano viva sobre la tierra, hasta el momento por él mismo fijado. Cuando, pues, la sociedad se halla tan enferma que ya no puede vivir, Dios le envía los remedios oportunos para prolongar su vida, y devolverle el grado de vigor que juzga á propósito comunicarle. Y como los hombres son muy sensibles á los azotes, el castigo debe entrar por mucho en los remedios necesarios á la salud y á la vida del género humano. Por tanto, no es solamente para castigarla, si Dios castiga á la sociedad, sino para curarla, mejorarla y prolongarla la vida. ¡Y quién no vé la grave enfermedad de la sociedad actual? Tal es su dolencia, que, por poco que se agrave, debe necesariamente sucumbir.

Siñ duda, la pobre enferma tiene á su disposición un remedio eficazísimo, que le devolvería pronto el vigor de la juventud, si quisiera tomarlo: la sociedad tiene en su seno la Iglesia de Dios, verdadero paraíso terrestre del hombre pecador, donde desecuela el árbol maravilloso, cuyo fruto divino puede dar y mantener la vida, lo mismo en el corazón de la sociedad, que es

el corazón del hombre. Empero, y esta es la causa de su enfermedad, la sociedad actual no quiere aceptarlo: en su loco orgullo, pretende vivir de sí misma, y por sí misma. Y como rechazando á la Iglesia, y el fruto de vida, que la Iglesia le ofrece, la sociedad no puede vivir sino vejeter en la miseria y perecer; Dios quiere con los castigos conduciría á la Esposa de Jesucristo, verdadera Madre de los vivientes, para que reciba de su mano el fruto de vida.

Las inteligencias graves que comprenden esta elevada filosofía, la comprenden todavía mejor, leyendo el Mensaje de Nuestra Señora de la Saleta. En él, encontrarán como en un compendio de la filosofía de la historia, al alcance de todos las capacidades, la razón de las recompensas, y de los castigos reservados en este mundo á las naciones cristianas, segun que se someten ó resisten á la Iglesia de Dios; y conservan, ó no, el espíritu de su vocación, comun, ó especial; porque de las naciones, puede decirse lo mismo que de los individuos: además de la vocación general de la sociedad, comun á todas las naciones que la componen, algunas han recibido de la divina Providencia una vocación especial, para contribuir al bien de la gran familia ó sociedad cristiana.

La filosofía de la historia es otro de los mejores cursos de política; y á nuestros hombres de Estado les seria de suma utilidad, el meditar un poco este pequeño tratado contenido en el Mensaje: en él encontrarían excelentes enseñanzas para gobernar los reinos de la tierra; verian lo que, á la vez, pierde á los gobiernos y á los pueblos; y que esta palabra del Evangelio: «Buscad ante todas cosas el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura,» lo mismo se aplica á los gobiernos y á las naciones, que á los individuos; á los reyes, no menos que á los simples mortales. Por esta razón, querido amigo, me parece que prestaría un gran servicio á los reyes el que les remitiese un ejemplar del Mensaje, añadiéndole, por epígrafe, estas palabras del Rey Profeta: Ahora pues, oh Reyes, entendedlo: sed instruidos vosotros los que gobernais la tierra. *Et nunc, reges, intelligite: erudimini, qui iudicatis terram.* (Ps. II.) Los pueblos tambien obrarian cuerdatamente, leyendo y aprovechándose de las lecciones del Mensaje; porque, no cabe la menor duda, que los re-

yes y los pueblos son solidarios. Es un hecho, que consta de la santa Escritura, y de la historia, que si los reyes, con frecuencia, pagan por sus pueblos, y expian las faltas públicas y sociales cometidas, á causa de su negligencia y de su debilidad, y sobre todo, por efecto de su convivencia ó de sus escándalos; los pueblos, á su vez, pagan por sus reyes: los súbditos expian, y á veces de una manera harto cruel, las faltas de sus jefes. Es por cierto terrible esta ley de solidaridad entre reyes y pueblos; mas, al fin, es una ley, y ahí está la historia que lo demuestra.

Basta por hoy con estas consideraciones, amigo mio. En otra carta emprenderé el tratar de la primera cuestion que se ofrece en el Mensaje-secreto, confiado por la Santísima Virgen á la humilde Pastora de la Saleta; cuestion grave y delicada, como la que más. Me lisonjeo, de que podré escribiros desde Génova, donde pienso detenerme algunos días.

Hasta luego, pues. Entretanto, estad persuadido de que, lo mismo de cerca que de lejos, soy todo vuestro.

F. B.

Génova, 15 de febrero 1870.

Querido amigo:

Puesto que debo permanecer algun tiempo en Génova, donde llegué ayer, aprovecho algunos momentos para escribiros. Acabo de tener una conferencia de dos horas con tres venerables eclesiásticos de esta ciudad, dos de ellos, curas-párrocos, y canónigo el otro. Deseaba yo saber, qué impresion produciria en su espíritu el Mensaje de la Santísima Virgen, y, además, conocer su modo de pensar acerca del uso que de él pudiera hacer. La impresion que les ha producido su lectura, no ensayaré describiros; lo mismo la experimentaréis dentro breves días: igno excelentes son los curas y canónigos de Italia! á ellos no les repugna lo sobrenatural, como á muchos de nosotros los franceses; no abrigan esta desconfianza exagerada, que, en otras partes, se graba injuntamente de prudencia, y que induce tan fácilmente á rechazar *a priori* lo que puede venir de Dios. Habitando en una tierra tan fecunda en santos, y tan fértil en milagros, creen, sin violentarse, en las manifestaciones del cielo. Desde el instante en

que se les presenta las cosas con motivos razonables de credibilidad, creen con una sencillez admirable, considerándose dichosos en recibir una advertencia, que juzgan venir del cielo, y ávidos de aprovecharse de ella. ¡Cuán preferible es este espíritu, á esotro espíritu de fría crítica, que reina entre nosotros, y que seca el corazón, so pretexto de satisfacer las exigencias de la razón! En el fondo, en este espíritu de crítica exagerada, hay mucho más racionalismo de lo que parece. Mas, volviendo á mis buenos sacerdotes de Génova, debo decir, que se manifestaron profundamente conmovidos durante la lectura. Y, en realidad, solo un corazón muy duro puede no sentirse conmovido por el Mensaje-secreto, cuando se le considera como emanado de nuestra divina Madre.

En punto á si es, ó no, conveniente publicarlo, hubo entre ellos distintos pareceres. Esta divergencia la he encontrado, además, en otras personas; y comprendo perfectamente esta discrepancia en un asunto de soto tan delicado; porque si bien hay razones que, al parecer, exigen la publicación, las hay, asimismo, que reclaman la mayor reserva. Y entre estas razones tan atendibles en pró y en contra, me quedo en una perpiedad imponderable.

Habréis adivinado ya, que no marché de Roma, sin haberme procurado alguna luz acerca del particular. No pocos personajes sabios y piadosos aprobaron mi primera idea, á saber, la de enviar un ejemplar del Mensaje á cada uno de los obispos, á fin de que nuestros venerables pastores, que lo considerasen auténtico, decidieran que uso debiera hacerse del Documento en sus diócesis, para mayor utilidad de los fieles, de las comunidades religiosas y del clero. Empero, me faltaba tiempo: llegó la hora de mi partida, y tuve que emprender el camino de Francia, sin poder realizar mi deseo de entregar el Mensaje á los obispos reunidos en Roma.

No hay porque negarlo: la publicación del Mensaje es asunto delicadísimo, por su parte relativa al Clero y á los Religiosos. Sin duda, mira é interesa á toda la gran familia cristiana, á toda la sociedad; pero así como el Mensaje público, que fué divulgado inmediatamente despues de la Aparición, iba dirigido á los simples fieles; del mismo modo, el Mensaje, que debia permanecer secreto por algo tiempo, y que, efectiva-

mente, secreto ha permanecido hasta hoy, encierra muchas cosas, que van dirigidas al clero y á los Religiosos. En otros términos: la Santísima Virgen, Reina de la Iglesia, dirigiéndose sucesivamente á las tres clases que componen su cuerpo, simples fieles, sacerdotes y religiosos, hace como una especie de exámen particular de cada clase, y dice á cada una lo que tiene que decirle. Y bien así como el Mensaje público, encierra cosas duras por lo que atañe á los fieles, también el secreto las encierra bastante duras para nosotros, sacerdotes y Religiosos (1).

Os dije, al terminar mi carta precedente, que los hombres de Estado y los Príncipes de la tierra, podrían, meditándolo, encontrar útiles enseñanzas en el Mensaje de Nuestra Señora de la Saleta. Mas nosotros, sobre todo, ministros del Señor, somos los que hallamos en él saludables lecciones; lecciones grandes y terribles, porque á nosotros va dirigido directamente desde el principio; y por penosas y humillantes que sean para nosotros las revelaciones, que se desprenden de los labios virginales de la divina Madre, creo que obremos perfectamente, no empleando una amarga crítica, sino reci-

(1) No es esta la primera vez que el clero dirige al Clero semejantes reprehensiones, destinadas á hacerse públicas. Para convencerse de ello, basta leer los *Diálogos de Santa Catalina de Sena*. (Fuera de desear que estos Diálogos estuvieran en manos de todo el clero: se publicaron en francés hace algunos años.) Léase también el libro intitulado: *Suplemento al libro de los Secretos de la Saleta y su importancia*, por M. Girard de Grenoble; y se encontrará, en el último parágrafo del capítulo IV, la justificación del lenguaje de la Santísima Virgen, en el Secreto, relativamente al Clero y á los Religiosos. Meditense igualmente las *Conferencias de Masillon, sobre el Estado eclesiástico*, principalmente la primera, y la que trata del *Celo contra los escándalos*; y de seguro, cesarán las recriminaciones contra el Mensaje Secreto de Nuestra Señora de la Saleta. Estas recriminaciones ¿no tienen ya su respuesta en estas palabras, que me escribí poco ha Melania: «La verdad lastima á los que no quieren reformar su conducta.»

biéndolas con gratitud, meditándolas, bajando humildemente la cabeza como el Publicano del Evangelio, y aprovechándolas en lo posible. Es una madre la que nos habla, y únicamente para nuestro bien nos dirige tales revelaciones. Por cuyo motivo, en lugar de tanto racionar, apresurémonos á responder al llamamiento de nuestra desolada Madre: ayúdmosla, con nuestra penitencia, y una vida verdaderamente sacerdotal y apostólica, á desarmar el brazo de su divino Hijo, cuya paciencia ha llegado casi á su colmo, no solo por los crímenes de las naciones cristianas, sino también por las prevaricaciones de aquellos hermanos nuestros, que han caído en otras partes del mundo. Porque nosotros, los sacerdotes, estamos más íntimamente enlazados unos con otros, que los simples fieles; y la ley de solidaridad, de que os he hablado últimamente, en ninguna clase de la sociedad es tan vigorosa como en la sacerdotal; de nosotros, en particular, puede decirse: los buenos han de pagar por los malos.

Querido amigo mio; cuántas veces en el oficio divino encuentro estas palabras del Rey Profeta: *Imposuisti homines super capita nostra*; á yugo de hombres nos sujetaste, no puedo menos de pensar en los que nos gobiernan. Cuantos están al frente de los demás, aún en el orden temporal, reyes y jefes de las naciones, deberían ser menos hombres que dioses (ya entenderéis el sentido de esta frase), revestidos como están de la autoridad del Altísimo, encargados, en representación suya, de gobernar á los hombres en el orden temporal, de defenderlos y procurarles la paz, para que puedan sin obstáculos dirigirse á su fin sobrenatural, y alcanzar su salvación eterna. Empero, si esto es verdad, en punto á los reyes; ¿qué diremos de los sacerdotes, de los sacerdotes, que tienen la mision de gobernar las almas en el orden sobrenatural y divino de la salvación? de los sacerdotes, que son los embajadores y ministros plenipotenciarios de Jesucristo cerca de los hombres, para santificarlos y conducirlos al cielo? ¿Qué decir de los sacerdotes, cuya autoridad se ejerce hasta sobre Dios mismo?

Ah! principalmente de los sacerdotes ¿quién os que no pudiera decirse nunca: *Imposuisti homines super capita nostra*. En el sacerdote no deben verse debilidades, miserias humanas; el sacerdote debe siempre

aparecer entre los hombres, no como hombre, sino como ángel bajado del cielo para ayudarles á subir á él; como la más bella y viva imagen de Dios (1). ¿Qué escándalo para la tierra, y qué motivo de desolacion para el cielo, cuando un sacerdote, haciendo traicion á la confianza que la Iglesia se dignó depositar en él, elevándole al sacerdocio, no sostiene la sublimidad de su carácter y de su ministerio por la santidad de su vida!

¡Ah! entre los doce apóstoles, que vivían juntos y á la vista del Señor, hubo un Judas! Y despues de este primer traidor, cuántas veces no ha tenido que deplorar la santa Iglesia los desórdenes de algunos, á quienes habia honrado con la más sublime dignidad que existe debajo del sol! Y entre todas las penas que despedazan el corazón de esta Esposa immaculada, no hay otra más humillante ni más cruel.

Por lo que toca á nosotros, amigo mio, que tenemos la dicha de vivir en una diócesis, donde el clero goza, con justa razon, del aprecio y estima de los fieles: en una diócesis, donde los buenos sacerdotes son la gloria general, y los malos no aparecen sino como raras excepciones, quizás me preguntéis: ¿cómo la tribu sacerdotal ha podido merecer las reprehensiones que le dirige la Sma. Virgen? Mas, no olvidéis, que esta divina Madre abarca con su mirada al univer-

(1) «Los sacerdotes deben ser con I. C. victimas por los pecados del pueblo, llevando sobre ellos, á imitación suya, todas las iniquidades del mundo, y sufriendo, al mismo tiempo, la pena que ellos merecen. Por este motivo han de padecer por los pueblos, hacer penitencia de sus pecados, y llorar para alcanzar misericordia.... Deben, como Atlas, si se me permite esta comparación, llevar el peso del mundo sobre sus hombros.... El sacerdote en su interior debe ser todo divino, aún cuando en el exterior nada se vea en él que no sea común.... Siendo Dios invisible á nuestros ojos carnales, el pueblo tiene necesidad, para conocerle y amarle, de alguna cosa sensible, y esta cosa es la vida de los sacerdotes.... El sacerdote, pues, es como un Dios en la Iglesia.... Es preciso, que al mirarle, se crea ver un ángel.» (*Monsieur OLIER, Tratado de las santas Ordenes.*)

so entero; que ella ve y conoce á todos los sacerdotes diseminados en los cuatro vientos del cielo, y que sus ojos no han podido menos de entristecerse por muchísimas cosas, que nosotros no podemos, no diré ver, ni conocer, pero ni siquiera sospechar. Y además, aunque el sacerdocio, en general, no sea entre nosotros malo, sino bueno, según nuestra apreciación, puede que diste mucho del grado de bondad y de perfección que el Señor Jesús y su divina Madre exigen de nosotros. Porque en determinadas circunstancias, es cierto, que no le basta al sacerdocio cierto grado de santidad, que, en rigor, fuera suficiente en otros tiempos. Cuando en los pueblos reina la fe, pueden ellos marchar, al menos por algún tiempo, con un sacerdocio medianamente bueno. Mas cuando los tiempos son malos, cuando la fe ha casi desaparecido, cuando los pueblos cristianos han retrocedido á las costumbres paganas, cuando la tierra está inundada de crímenes, la sociedad se halla en plena decadencia, en plena disolución; cuando Lucifer está descucado, y la Iglesia es batida en brecha por todas las potencias del infierno y del mundo reunidas; ¡oh! entonces, un sacerdocio de mediana virtud no basta absolutamente para satisfacer las necesidades de la Iglesia y de la sociedad: se necesitan sacerdotes eminentemente buenos, sacerdotes llenos del espíritu de los apóstoles; sacerdotes que sean en todo rigor hombres de Dios. Pues bien! echad una mirada sobre el mundo; examinad el estado de nuestra sociedad cristiana; meditad sobre la fe, las costumbres, los principios, las aspiraciones de las masas; mirad á las naciones corriendo al precipicio, á los que gobiernan comovidos, vacilantes, inciertos, ignorando hoy, si mañana permanecerán en pie; ved á la Iglesia agitada por la tempestad más terrible que tal vez haya sufrido; añadid á todo esto, lo que la Sma. Virgen nos revela, sobre el punto en que se halla el mundo con respecto á su duración, sobre la proximidad de su fin, sobre los combates que aguardan á la generación naciente; y decidme, si para hacer frente á la situación, para responder á las necesidades de los tiempos, ¿no tiene la Iglesia necesidad de sacerdotes de una virtud eminente y de un celo devorador? Hé aquí por qué, amigo mío, en vez de quejarnos inútilmente, y tal vez de abrigar un secreto des-

pecho, por haber venido nuestra Reina á revelar y á poner en plena luz nuestros defectos, y nuestras llagas, debemos, por el contrario, manifestarnos agradecidos á su amor por las advertencias que se ha dignado darnos. Si ella nos humilia ante los hombres, es para ayudarnos á curar nuestras dolencias; y no dudo que tal será el resultado de sus lágrimas. Si esas lágrimas, que ha derramado en su descenso á ese monte, para siempre jamás célebre en nuestra Francia; esas lágrimas, reunidas á las que derramó al pié de la cruz; esas lágrimas fecundadas con la sangre adorable de su Hijo; tocarán nuestros corazones, y los purificarán; esas lágrimas, levantarán á aquellos de entre nosotros que han caído, y robustecerán á los que han permanecido en pie; comunicarán calor á los tibios y aumentarán la virtud de los fervorosos; esas lágrimas harán germinar y florecer en la Iglesia el más valeroso e intrépido ejército sacerdotal que se haya visto en el curso de los siglos: ejército destinado á reformar la sociedad cristiana, á consumir la pacífica conquista del mundo para Jesucristo, á completar el número de los escogidos, á hacer que la luz del Evangelio brille por todo el universo, á formar los santos de los últimos tiempos, prepararlos para la última lucha, y, llegado el último momento, sostenerlos aun más con el ejemplo que con la palabra: ejército, en fin, que en manos del Señor Jesús y de la Virgen Inmaculada será el instrumento omnipotente de las maravillas que se obrarán en la más hermosa edad de la Iglesia, la cual se levantará gloriosa, así que empiece á calmar la tempestad, que ya avanza rugiendo, y va á estallar cuanto antes. Cuando Dios haya descargado su cólera y satisfecho su justicia, se acordará de su misericordia: *Qui cum iratus fueris, misericorditer recordaberis.* (Hab. III.)

Empero, ¿de qué manera se obrará esta gran maravilla de la diestra del Altísimo, esta maravilla, madre de todas las otras maravillas de la sexta edad de la Iglesia? ¿Cómo se verificará esta reforma tan deseada, esta conversión del clero al espíritu de los primitivos sacerdotes y apóstoles del Señor? Excusadme la respuesta á esas preguntas, amigo mío: es el secreto de Dios; pero esta reforma del clero vendrá, tenedlo por seguro. Vendrá, porque es necesario, para formar los santos de los últimos tiempos,

prepararlos para la última lucha, y sostenerlos en las últimas pruebas del mundo y en la persecución del Anticristo; vendrá, porque Dios ha dado el presentimiento, y casi diría cierta intuición de ello á muchísimas almas, que la aguardan con absoluta confianza. En cuanto á los medios, Dios cuidará de ellos; pero mientras esperamos esta reforma general, preparémonos para ella, empezando cada uno por la reforma de sí mismo.

¿No estais viendo á la santa Iglesia de Dios reunida en Concilio junto al sepulcro del príncipe de los Apóstoles? Tranquilizaos, pues; el sacerdocio ha sido siempre el primer objeto de la solicitud de la Iglesia en los Concilios; el Espíritu Santo, que inspira á su Iglesia lo que reclaman las necesidades de los tiempos y de las circunstancias, sabrá, hoy, inspirarle los medios de obrar una reforma tan necesaria para hacer frente á la situación, y proveer á las necesidades de la época actual.

Y luego veréis en el Mensaje Secreto lo que la Sma. Virgen dice de los apóstoles de los últimos tiempos. A nosotros, sacerdotes, va dirigida la parte más importante y preciosa del Secreto. El sacerdote, secular, ó regular, que medite y se apropie los rasgos, los caracteres, las virtudes que nuestra Reina enumera con tanta complacencia, ese sacerdote, será perfecto, un verdadero apóstol, tal como lo desea la santa Iglesia, y como lo desean el cielo y la tierra.

Termino aquí hoy, querido amigo: me habia propuesto hablaros tambien de lo que la Sma. Virgen dice acerca de los Religiosos; mas esta cuestión, la más importante en su dda, puesto que de ella dependen, en cierto sentido, las demás cuestiones, merece ser tratada con algun detenimiento, y, por lo mismo, exige otra carta. La escribiré cuanto antes.

Entretanto, soy, como siempre, todo vuestro en J. M. J.,

F. B.

Niza, 22 de febrero 1870.

Querido amigo:

La Sma. Virgen, como os tengo ya dicho, en su célebre Aparición del monte de la Saleta, examinó y reprendió á cada uno de nosotros, según convenia á su respectivo estado. Empieza por el pueblo ó los simples

fieles, cuyos pecados son el objeto de la parte del Mensaje, publicado al mismo tiempo que la aparición. En seguida toma el clero aparte, y le dice, como al oído y en secreto, cuanto tiene de qué reprehenderle. Y no dirige únicamente á los simples sacerdotes, al clero inferior, sus quejas, sus reprensiones, sus advertencias, sino á todo el órden sacerdotal. Llega hasta á anunciar la caída de algunos obispos. En estos últimos años, ¿algún prelado no ha caído públicamente, á lo menos en Italia? ¿Quiera el cielo que en lo sucesivo no tenga la Iglesia que deplorar semejantes defecciones en las filas de los que ha elevado á la cumbre de la gerarquía sagrada! ¡Oh Dios mío! dadnos siempre obispos santos, que nos guíen y nos sostengan en los caminos de la santidad, con el resplandor de sus virtudes y la eficacia de sus oraciones, aun más que por la elocuencia de su palabra y sus ábilis disposiciones! ¡Dadnos obispos, que sean otros tantos instrumentos de reconciliación en los días de vuestra ira! ¡Dadnos Omias, Ambrosios, Aquilinos, Carlos-Borromeos, Franciscos de Sales; pues obispos como éstos necesita la sociedad actual.

Ya lo sabeis, querido amigo: hubo un tiempo, en que se buscaban para ponerlos al frente de las iglesias, varones más eminentes por el brillo de la santidad, que por la fama de su ciencia. Se los buscaba, he dicho, puesto que los más dignos cuidan mucho de ocultarse y de que no se hable de ellos: en los siglos de fe, se hubiera alejado por indigno de ese cargo sublime y formado, al presuntuoso que hubiese osado pretenderlo.

¿Cuándo volverán tan felices tiempos? ¡Oh! cuán prudentes fueran los gobiernos, si obrasen siempre de esta manera! Cuánta mayor seguridad tendrían sus intereses y los de los pueblos, si, en vez de buscar hombres complacientes, ó criaturas, como se dice ahora, buscasen varones de una virtud eminente, de una santidad probada! Los santos Obispos han sido y serán siempre los más sólidos apoyos del trono, y la más segura garantía de la verdadera libertad de los pueblos: ahí está la historia que lo atestigua.

Al capítulo del clero, le sigue el del estado Religioso. Este capítulo es breve, pero en pocas palabras dice mucho.

La ignominia con que uno de sus miem-